

Entrecruzada con esta problemática se halla la cuestión de la tendencia a dejarse guiar por el carisma del fundador, en nombre del carisma, más que por el pastor local y la referencia a la función petrina respecto a la episcopal. Aquí no están en juego la palabra de Dios, los sacramentos, o el ministerio, sino el rostro histórico de la Iglesia en su conjunto. Este punto postula una verificación crítica y unos criterios para actuarla.

El libro se abre con un estudio de G. Scalmana sobre la noción misma de «modelo» en la ciencia contemporánea. Siguen dos ensayos de exégesis sobre el «modelo de Israel» que emerge del Pentateuco (F. Dalla Vecchia) y algunas connotaciones eclesiológicas de la Cena del Señor (F. Montagnini). G. Cannobio estudia nuevos modelos de realización de la Iglesia a partir del Vaticano II y A. Maffei ilustra el modelo de Iglesia que desprende el diálogo interno de la Iglesia Católica y de ésta con otras Iglesias. R. Tononi describe la *facies* de Iglesia propuesta por el Camino neocatecumenal. Otros artículos sucesivos, también interesantes, se ocupan de prácticas eclesiales en cuyo interior es posible captar propuestas y actuaciones de modelos eclesiales desde la liturgia, la pastoral, el derecho y diversas intervenciones magisteriales recientes.

El libro no se propone agotar el tema —ya dilatado de por sí— ni menos resolver los problemas en él complicados. Se trata más bien de un subsidio para releer la actualidad eclesial conscientes de que la realización histórica del misterio de la Iglesia permite y postula formas renovadas sugeridas por una sensibilidad a la coyuntura histórica.

Félix M.^a Arocena

Laurent BOISVERT, *Laïcs associés à un institut religieux*, Les Éditions Bellarmin, Montréal 2001, 70 pp., 13 x 18, ISBN 2-890007-924-4.

Es un libro breve, que logra sintetizar las cuestiones y datos fundamentales —y es éste un mérito no pequeño— provocadas por el fenómeno actual de la asociación y participación de los laicos en los carismas y tareas apostólicas de los institutos religiosos.

La palabra «asociación» está usada aquí en sentido amplio y no técnico, para englobar así las diversas fórmulas que hasta el momento se están poniendo en práctica en ese campo, y que difieren sustancialmente de las conocidas tradicionalmente hasta el momento («terceras órdenes», etc.). Estos ensayos y realizaciones actuales ponen de relieve una serie de aspectos que el autor examina ordenadamente bajo cuatro epígrafes básicos: la participación en el carisma; en la espiritualidad; en la vida comunitaria y en la misión de los institutos religiosos (expresión ésta también abarcante de toda institucionalidad de «vida consagrada»).

Las consideraciones del autor son principalmente de carácter informativo, con un buen conocimiento de la literatura sobre el tema, toda ella bastante reciente. En ese sentido, sus páginas son un útil resumen de las opiniones predominantes ante los diversos problemas suscitados por esta participación de los laicos en la vida consagrada. Ofrece el autor buenas formulaciones sintéticas en torno a cuestiones intrincadas, como los conceptos de espiritualidad, espíritu, carisma del fundador, carisma fundacional, carisma del instituto, etc. Reflexiona sobre la participación laical en la vida de los institutos religiosos conjugando los datos jurídi-

cos con las consideraciones que ofrece una solvente teología del laicado y de la vida religiosa, cuyas relaciones son las que están en juego —pensamos— en este tema. Procura enmarcar todo ello en una perspectiva eclesiológica que pueda dar razón, o al menos comprender, el fenómeno. En resumen, el librito es un buen ejemplo, en términos generales, de cómo puede abordarse un aspecto tan puntual y concreto —como es el caso— en la vida de la Iglesia, a partir de los datos teológicos insoslayables.

José Ramón Villar

Paul-André GIGUÈRE, *Catéchèse et maturité de la foi*, Lumen Vitae («Théologies pratiques»), Bruxelles 2002, 164 pp., 14 x 23, ISBN 2-87324-178-0.

Una de las finalidades que se asigna a la catequesis es la formación de cristianos «maduros y responsables». El autor del libro se pregunta qué se entiende por madurez de la fe y cómo conseguirla, a la vez que afirma la necesidad de clarificar este concepto si se quiere que tenga algún valor en la práctica catequética. Para ello, en el primer capítulo, titulado «Crecimiento y madurez de la fe: conceptos a clarificar», hace ver que es una constante de los documentos magisteriales asignar al concepto de madurez de la fe como la finalidad principal o una de las principales de la catequesis. También se analizan las respuestas de responsables de la educación de la fe sobre lo que significa para ellos la madurez de la fe y el lugar que se le asigna dentro de la formación catequética. Concluye nuestro autor que este concepto se utiliza de manera muy diversa y que no resulta operativo para los responsables de la pastoral catequética.

En el segundo capítulo estudia lo que dicen los expertos respecto al contenido de este concepto: se analizan los rasgos que diversos autores ofrecen sobre el mismo, inspirados en la psicología, la Biblia, la teología, la dinámica de la relación, etc. Del estudio extrae Giguère cerca de 65 rasgos que caracterizan un hombre de fe madura, por lo que concluye de nuevo que este concepto no es operativo para la catequesis y se hace preciso encontrar un principio fundamental o un concepto objetivo, alrededor del que se pueda articular la reflexión sobre este importante tema.

El capítulo tercero aborda el estudio de los conceptos claves, como la fe, el propio crecimiento en la fe, la maduración o madurez de cada uno en la fe, el desarrollo de la fe y la fe adulta. Parte de un concepto de fe que no quiere ligarse a ninguna religión particular, y perfila su madurez cuando una persona encuentra de manera satisfactoria el sentido y reacciona con coherencia ante los sucesos y circunstancias de acuerdo con esta fe. Es una definición de fe como actitud y válida para todos los tipos de fe; no se trata pues de la virtud teológica de la fe.

A partir de los análisis de los capítulos anteriores, se plantea en el cuarto capítulo cómo entiende él la madurez de la fe. En diálogo con la posición de Alberich en este punto, concluye que la madurez de la fe es una realidad más bien relativa que absoluta; y que más que hablar de una madurez única y final, habría que hablar de una sucesión de madureces. La madurez de la fe queda definida de acuerdo con tres dimensiones de la actitud: afectiva, activa y cognitiva. Los dos últimos capítulos aplican la concepción que tiene de la madurez de la fe a la madurez psíquica y a la santidad (cap. 5) y a las implica-